

De RAMON GOMEZ DE LA SERNA

REALIDADES CASTELLANAS

LOS MENDIGOS DE LOS SABADOS

Don Caricio tenía la costumbre de dar limosna los sábados. A todo pobre que llamaba a su aldabón, mordido por las dentelladas de perro del tiempo, le daba una moneda.

En todos los pueblos concéntricos a aquél se sabía que el sábado había que cobrar allí la renta de la caridad, que allí se ganaba la indulgencia de un yantar, o para ayuda de un yantar, mejor dicho.

Hasta desde sitios que distaban muchas leguas del pueblo en que un morador abría su bolsa llena de cobres, una vez por semana, venían pobres a los que les era igual seguir un camino que otro, y por lo menos aquél estaba señalado por una moneda segura, mancha de aceite en el mapa.

La puerta de don Caricio tenía doble zaguán, uno corto y umbralero, con aire de convento, detrás de la primera puerta medio abierta siempre, y otro detrás de la segunda puerta de mirilla y modernidad, que era el zaguán en que ya entraban las personas filtradas, que podían entrar en el museo de luz de patio, de serena y potente luz de patio que se disfrutaba en la casa patricia.

Los pobres embestían con el marco de la puerta primera, pero sólo cuando era algún centenario curioso como un gran hombre, era pasado al segundo zaguán para darle algo más, quizás una levita, digna de ser ex-voto de los caminos ajustada a aquel viejo.

La hilera de los sábados era interminable. En el almanaque plástico del pueblo aquello quería decir que era sábado, así como el que acampasen en la plaza los toneleros de pescados en conserva quería decir que era viernes.

Los claros varones de Castilla, los que llevaban en su alma el sopor del sol en las largas llanuras, los que tenían mucho de liebres humanas, se congregaban en aquella esquina de la plaza los sábados solemnes, en que el primer dato de descanso del domingo lo daban aquellos tipos de pereza momificada.

Todo el pueblo estaba agradecido a don Caricio, que le preparaba un gran día de visita, dando al paisaje aire de una Palestina antigua.

El nombre del pueblo había sido preguntado por los mendigos en todas las enervadas de la envidia, y manos enemigas habían tenido que señalar como dóciles barómetros la dirección del pueblo caritativo.

Hasta las cinco de la tarde, hora contagiada ya de campanas, no se abría la puerta de la limosna.

Hasta esa hora desde muy temprano tenían reunión los mendigos y con el de atrás y con el de adelante sostenía, cada uno la conversación de la experiencia.

—En el pueblo de Novoa hay un nuevo matrimonio que en vez de hijos tiene caridad...

—En la ermita del camino de Mazuecos se puede robar la limosna y siempre la hay cuantiosa...

Te lo digo porque nos podríamos ca-

sar con ese gaje — decía a una mendiga el mendigo de detrás.

El congreso de la mendicancia, el congreso de los «pobres homes de Castilla», se celebraba al calor de aquella pared que tenía apoyatura de gran hombro.

Se divisaba a los pobres recién llegados al otro extremo de la tapia que daba al camino y si les veía intimidarse al pasar por en medio de la calle y sentirse deslumbrados por las miradas que ellos temen más del mundo, las miradas de los otros mendigos que saben y tienen en cuenta hasta qué punto puede o no ser elegante un mendigo y hasta qué punto tiene o no tiene tipo de mendigo.

—Por allí viene la «mandrágora».

—Por allí viene el «milanejo».

Don Caricio mientras se pasea por la habitación y medita en la pobreza humana comparada con la estabilidad del que es rico. Mientras reflexiona eso pisa en las más voluptuosas alfombras. No le importa que se congregue un mar de mendigos. Cada vez aumentan más. Para todo tiene calderilla en sus sacos de harpillera antigua, sacos como los que sirven a los avaros de monedas antiguas para guardar sus colecciones.

La pobretería se va enrescando según se acercan las cinco. Los regatones suenan en el empedrado como patas de cojos que sacaren chispas al suelo emborrillado. Las enormes argollas que hay debajo de la ventana bajera suenan contra la piedra de la pared como si estuviere atada a ellas del roncal rebelde la larga cuerda de pobretería.

Esta tarde de sábado que don Caricio sabe lo distinto a otras tardes de sábado del mundo, que es con esa aprensión y tino perfectos para conocer los días, que hay en estos hombres, los peregrinos son más espesos que nunca y llevan a cuestas más trapajería y pan duro que nunca. Se ve que tienen miedo al invierno que viene y llenan sus almacenes no desperdiciando ni la espina del bacalao que han comido en mejores días.

En toda la multitud se ha producido un momento de anhelo cuando don Caricio se ha asomado a la puerta. Movimiento de perros que mueven el rabo han tenido todos al verle aparecer. «Ha raboncado la multitud», se podría decir.

Don Caricio los conoce a todos. Les va hablando por su nombre.

—¿Pero tú hace un año que no vienes?, dice a uno.

—He dado la vuelta al mundo mientras, responde el mendigo.

—No lo crea, dice uno que viene después; ha tenido que pagar una deuda a la justicia... El verdugo de Burgos tendrá que hacerlo su caricia paternal.

A don Caricio no le agradan las delaciones. Da menos limosna al que delata al otro.

Todos, aunque saben que han de ir después, quieren ir antes, empujan a la inglesa, dan un pisotón, del que no es culpable nadie, al caritativo don Caricio, que parece lucir esta tarde un traje con brillo de tela de sotana.

VIAJER



PARA 'ALTO PELADO' (I)



PARA 'LAS CEJAS'.